



▲ El mural de la Estación de Ferrocarriles de Concepción refleja la historia de la ciudad, centrada en la vida de la gente humilde. | Mural al fresco, Gregorio de la Fuente.

Desplazada, la clase rectora se orientó hacia aquellos rubros donde la capacidad, los contactos o la fortuna podían imponerse sobre el número: las profesiones liberales y los negocios (incluyendo la propiedad de estos y su manejo superior).

Por primera vez desde hacía tiempo, la aristocracia se sumió en el trabajo, a menudo con la vehemencia de una adicción.

Se alió, incluso matrimonialmente, a los inmigrantes de aptitudes y éxitos económicos y a la “derecha radical”... poderosos agricultores del sur y nuevas fortunas fabriles de ese mismo tinte político, nacidas de afortunadas simbiosis con la CORFO. Advinieron así los “empresarios”, los “hombres de trabajo”; ingenieros muchos de ellos (o sus ejecutivos). Exhibían sumo desprecio por la política, los políticos y los partidos, a todos los cuales calificaban de ignorantes y demagogos. Preferían sus propios órganos representativos, antiguos —la SNA (agricultores), la SOFOFA (industriales)— o recientes: la Cámara Central del Comercio, la Confederación de la Producción y del Comercio (cúpula global del empresariado).

Sin embargo, a la hora de las elecciones, esta que mucho después sería bautizada “dere-

cha económica” financiaba a la derecha política, si bien reclamando —y progresivamente obteniendo— voz y voto en los contenidos y estrategias de las campañas.

A partir de los años 50, la clase alta sería predominantemente de dinero, desaparecidos o muy diluidos los factores familiares o de ancestro. Mientras tanto, abundaba en signos el imparable auge de la mesocracia, v. gr.:

—Su dominio casi absoluto de los altos y medianos cargos administrativos —de Presidente de la República para abajo—, judiciales, castrenses (incluso crecientemente en la Marina), políticos, parlamentarios, etc.

—El peso abrumador, tantas veces anotado, del Partido Radical, primera fuerza eleccionaria y parlamentaria y epítome de la clase media en lo político.

—La importancia adquirida por la masonería, centro espiritual y filantrópico de la mesocracia política, profesional y administrativa. Los tiempos radicales vincularon a la orden, de modo estrechísimo, con esta corriente

política, bastión de la clase media. Los tres mandatarios del PR fueron masones activos; antes lo habían sido, sin tanto entusiasmo, Alessandri e Ibáñez. Era acusación universal —probablemente cierta, pues hubiera sido casi imposible evitarlo— que los “hermanos” servidores públicos, se protegían entre sí al interior de los servicios respectivos, comprendido el Ejército (en la Marina eran muy escasos).

▼ Catedral de Santiago. En este período, la Iglesia chilena asumirá un rol más activo materializando los lineamientos de la doctrina social. Documentación *El Mercurio*.

► La vocación del padre Hurtado por la educación y la pobreza, lo llevaron a fundar el Hogar de Cristo a fines de 1944.

Archivo Museo Histórico Nacional.





◀ María de la Cruz, fundadora del Partido Femenino Chileno (1946-54) y poseedora de un gran carisma, apoyó la candidatura de Ibáñez (en la foto) y fue la primera mujer elegida senadora en 1953. Fotografía de 1952. Documentación El Mercurio.

Los lazos burocráticos de la orden podían conducirla a una cierta obsecuencia ante los Gobiernos autoritarios. V. gr., respecto al de Ibáñez, 1927-1931. La masonería lo defendió dentro y fuera de Chile, sin perjuicio de expulsarlo de los talleres tan pronto caído. En cambio, criticó vigorosamente la Ley de Defensa de la Democracia. Al respecto hubo un cortés pero duro intercambio de cartas entre la orden y el “hermano” González Videla (1948).

—El crecimiento de la burocracia (también relacionado, apreciaremos luego, con factores educacionales). Sólo los empleados públicos propiamente dichos —sin contar los servicios descentralizados, ni las municipalidades, ni las Fuerzas Armadas— eran un 5,4% de la población activa el año 1955, contra un 4,2% el año 1940. Habían pasado de unas 50.000 a unas 75.000 personas, crecimiento del 50%. Si a estos empleos se agregaban los castrenses, municipales y semifiscales (descentralizados), la cifra última, el año 1950 —según una fuente oficial— excedía de 200.000... uno cada 28 habitantes.

—La ampliación del rol social y político y de la libertad de las mujeres. Hemos visto que recibieron la plenitud del voto el año 1949. Para 1952 constituían ya casi el 30% de la masa sufragante, 328.000 inscritas, y su entusiasmo, medido por el índice de abstención, superaba netamente el del sexo opuesto. Las médicas, abogadas, enfermeras, matronas, profesoras de todos los niveles, regidoras municipales, etc., no se contaban como poco atrás con los dedos de las manos, sino en cantidades muy apreciables y de continuado aumento. La primera senadora fue la ibañista María de la Cruz, por Santiago (1953); la primera diputada, la radical Inés Enríquez, por Concepción (1951); la primera Ministra, de Justicia, Adriana Olguín de Baltra, radical (1952). González Videla nombró las primeras embajadoras, Carmen Vial (Holanda) y Ana Figueroa (delegada ante las Naciones Unidas).

Simultáneamente, se ampliaron —desde 1934— las facultades legales de la mujer para separarse de bienes, manejar ella misma los adquiridos por su trabajo,

intervenir en la administración de aquellos pertenecientes a la sociedad conyugal, etc. Fueron cayendo antiguas discriminaciones, quizás obsoletas, pero significativas como símbolos. V. gr., la que despenalizaba al marido —y no a la mujer— si infería la muerte al otro cónyuge cuando sorprendido en adulterio flagrante, o violaba su correspondencia. El aumento de la clase media constituyó, obviamente, una mejoría para el sector popular, materia prima de la mesocracia. Sin embargo, el desarrollo y avance económico-social del pueblo presentaría una grave deficiencia: su irregularidad.

La analizaremos a continuación. Lo mismo haremos con la otra grave falla de este crecimiento: sus débiles sustentos económicos.

DEFICIENCIAS DEL DESARROLLO ECONÓMICO-SOCIAL

La primera falla mencionada se debió a que existían en el pueblo y clase media sectores más poderosos que otros, debido a su número, organización, presencia nacional, importante papel que desempeñaban en la sociedad o recursos monetarios, o a dos o más de estos elementos.

▼ Delegadas al Congreso principal objetivo era conseguir el voto femenino. FECHIF (Federación Chilena de Instituciones Femeninas), movimiento creado en 1944, cuyo Archivo Museo Histórico Nacional.

► En 1949, ampliando su rol social y político, las mujeres conquistaron el sufragio para las elecciones parlamentarias y presidenciales. Archivo Museo Histórico Nacional.

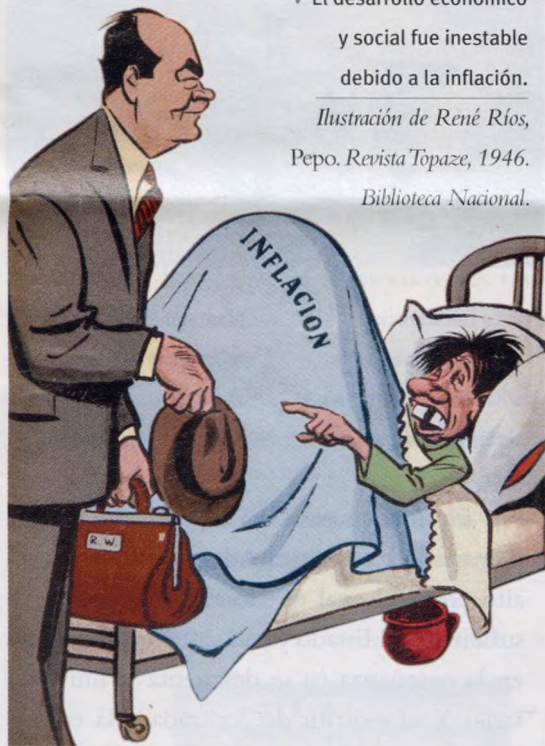


Mencionemos a los trabajadores de la Gran Minería del Cobre (GMC), de Correos y Telégrafos, ferrocarrileros, bancarios, docentes de diversos niveles, etc.

El simple número no significaba mucho —ejemplo: los campesinos—, pero unido a la organización era fuente de poder social. Ejemplo: los profesores. Número y organización solían representar, además, el manejo de votos y recursos, incrementando ese poder.

También lo daba o aumentaba la capacidad de herir con la huelga áreas claves de la economía o la sociedad (trabajadores de la GMC, ferroviarios, maestros), aunque el número fuese pequeño (bancarios).

La mayor parte de los sectores poderosos de pueblo y clase media, como los indicados, tuvo un sistemático *do ut des* con partidos de centro e izquierda: les dio sufragios, dinero y máquinas político-sindicales, a cambio de protección administrativa y parlamentaria... de *lobby*.



▼ El desarrollo económico y social fue inestable debido a la inflación.

Ilustración de René Ríos, Pepo. Revista Topaze, 1946. Biblioteca Nacional.

Esos sectores, populares y mesocráticos, lograron así una “tajada” mayor del desarrollo social... mejores remuneraciones, previsión más eficaz, preferencia en el acceso a beneficios suplementarios que confería el Estado, como la vivienda, por ejemplo.

Naturalmente, lo dicho sucedía a expensas de los otros grupos mesocráticos o populares. Algunos —v. gr., los campesinos, la ruralidad— aprovecharon mínimamente el desarrollo general.



◀ Uno de los mayores actos gremiales de la época fue el de los empleados particulares en Plaza Bulnes: pedían aumento de sueldos y defensa del régimen de previsión, entre otros.

Revista Zig-Zag, 1941. Documentación El Mercurio.

De modo que los trabajadores urbanos, recordemos, tuvieron sindicatos legales desde 1924, y los campesinos sólo desde 1967.

Los empleados ganaron asignación familiar a partir de 1937, los obreros urbanos desde 1953 y los campesinos después de 1958.

Los obreros jubilaban por edad, a los 65, y siempre que sus imposiciones previsionales tuvieran un importe mínimo durante el último tiempo de labor. Los empleados, en cambio, lo hacían sin exigencia de edad, por tiempo de servicio, menor cuanto mayor fuese el poder social que detentara el gremio respectivo. Así, eran veinticinco años para los bancarios. Podían retirarse pensionados por vejez, algo después de cumplir los 40...⁽¹⁾

La segunda falla del desarrollo social fue su falta de sustentación económica.

El país no crecía materialmente como para sostener el multitudinario paso de pueblo a clase media. Mirando un período amplio, 1940-1970, el crecimiento anual del PGB fue, promedio, 3,8%, inadecuado en absoluto para pagar ese progreso.

Ocurría no obstante, de todos modos, pero financiado con inflación. Ella se hizo endémica... 200% la década del 30, 250% la del 40.

Pero el progreso obtenido a costa de desvalorizar la moneda aparecía (y era) frágil, irregular, inestable... La lucha por equiparar aumento remuneracional (reajuste) e inflación, se libraba sin descanso, y los sectores de menor poder solían salir perdiendo. Con el tiempo, se creó un clima de inquietud, angustia, desconfianza, amarga confrontación político-social, y los vencidos del combate fueron acumulando un oscuro fondo de miseria sin salida.

¿Por qué era insuficiente el desarrollo económico?

Hay un cierto consenso en atribuirlo al modelo de crecimiento que se adoptó, y que puso el énfasis, como hemos visto, sobre la industrialización. Cuyo producto sería protegido de la competencia exterior por fuertes barreras de aduana. Los perjudicados fueron los consumidores. V. gr., los años 40 presenciaron un notorio retroceso del vestuario popular. Hasta

► El modelo de industrialización nacional encareció los productos importados. Esta situación perjudicó a los consumidores de menores recursos, quienes debían invertir más dinero en productos nacionales de menor calidad, como ocurrió con el vestuario.

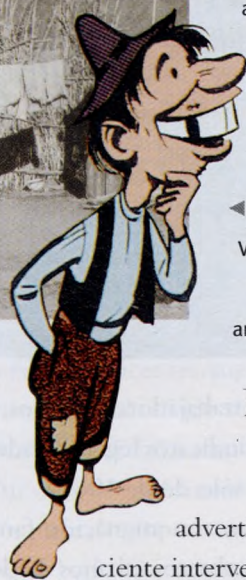
Archivo Museo Histórico Nacional.





el punto que el símbolo del “roto chileno” pasó a ser “Juan Verdejo”, la caricatura —obra del dibujante Coke (Jorge Délano)— de un típico connacional de bajo pueblo, que vestía harapos (“tirillas”... “tirillento”) y se tocaba con un resto inverosímil de sombrero... ¿Qué había sucedido? Que los derechos de internación desorbitados que se aplicaban a las telas de uso popular —mezclilla, percal, tocuyo, etc.—, hasta el 100%, forzaron sustituirlas por chilenas, de peor calidad y más caras.

Otro rubro perjudicado fue el agro; de allí la pobreza campesina. El proceso de decadencia agrícola —que reseñamos hasta los años 20— continuó después y por idénticas causas, con las adicionales que siguen: a) un dólar de exportaciones irrealmente bajo, cuya venta al Banco Central era obligatoria y constituía un impuesto oculto a los productores; b) el encarecimiento de las importaciones de manufacturas que la agricultura requería, por efecto de las tarifas de aduana protectoras, y c) fijaciones internas de los precios de los alimentos, como medida antiinflacionaria, también un tributo escondido que pagaba la tierra. Si miramos bien este conjunto,



◀ La agricultura fue el “gigante enfermo” de la economía, lo que marginó al campesinado de todo beneficio.*

Archivo Museo Histórico Nacional.

◀ La caricatura de “Juan Verdejo” se transformó en un símbolo de las argucias para sobrevivir del “roto chileno”.

Revista Topaze, 1952. Biblioteca Nacional.

advertiremos que el creciente intervencionismo estatal desprotegió a la agricultura, sacrificándola a la industria que nacía.

Fue el precio de la industrialización. De tal modo, el campesino siguió en su primitivo, bajísimo nivel de vida. Mientras, los terratenientes mantenían el suyo —más alto, desde luego, sin comparación posible—, fuere por la gran dimensión de su capital—tierra, fuere endeudándose. Pero el campo era, sin duda, el “gigante enfermo” de la economía chilena. Su decadencia escatimaba y encarecía el pan a los chilenos.

Diversos sectores políticos empezaron, desde los años 30, a predicar la “reforma agraria”, como panacea de la crisis del sector. Pensaban que la tierra no producía debido al atraso

▼ La creciente industrialización del país benefició a los sectores medios y populares

de las zonas urbanas. En la imagen, la central eléctrica de Laguna Verde *Archivo Chilectra S.A.*



técnico, la descapitalización, y la desidia de sus dueños, y por la excesiva superficie de los predios... el latifundismo. Destruirlo devino una consigna política de importancia, para comunistas, socialistas (a los cuales inspiraba el APRA del Perú), y socialcristianos de las encíclicas pontificias.

EL ESTANCAMIENTO EDUCACIONAL

Nuestro anterior vistazo a la educación chilena, terminó con la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria, de 1920. Pudimos apreciar que, largamente discutida, se hizo por fin realidad, y los chilenos nos convencimos de que abría las puertas a un segundo gran impulso educacional, tan positivo como el iniciado finalizando los años 70 del siglo anterior.



▲ La decadencia del campesinado y la crisis de la agricultura serán la base para los

planteamientos de la reforma agraria. *Archivo Museo Histórico Nacional.*

No fue lo que pasó. La ley del año 20 era demasiado burocrática. Además, implicaba un alto costo, el cual quedó sin financiamiento suficiente. El Estado ya no gastaría como antes en la enseñanza (si se descuenta la universitaria). Y el espíritu de “cruzada” —la educación, una panacea— iba extinguiéndose. Tras los grandes maestros que lo encarnaron —los Núñez, Matte, Letelier, etc.—, pervivió en sus herederos inmediatos: Darío Salas, padre de la nueva legislación, Enrique Molina, Amanda Labarca y otros. Pero no más allá.

Sin embargo, creíamos que no era así. Que nuestra enseñanza continuaba avanzando. El fracaso de la ley aprobada (terminaría sin recibir efectivamente educación primaria o básica un tercio de los “obligados” a ella) pasó inadvertido.

completaron ni extendieron, pero asimismo laboratorios de experiencias valiosas y aprovechables. Mencionemos la “renovación gradual de la enseñanza secundaria”, gobernando Juan Antonio Ríos, y el Plan San Carlos, a cargo del díscolo y visionario Víctor Troncoso, ex dirigente de la AGP.

LAS INFLUENCIAS FORÁNEAS

Seguían imperando las ideas pedagógicas venidas del extranjero. Ferriere, desde luego, pero también —y predominantemente— el “deweyismo”, del norteamericano John Dewey y su escuela filosófico-pedagógica... la escuela Dewey-Kilpatrick.

Para Dewey, educar —así en materia de conocimientos como en materia de formación ética— era inculcar las conductas, los hábitos, necesarios para vivir normalmente en una sociedad determinada. Hábitos susceptibles de cambio según se modificara esa sociedad a través del tiempo. Era una visión relativista, utilitaria y pragmática de la educación y de la moral, miradas como una especie de “amaestramiento” del joven para que pudiera sobrevivir, acomodarse y prosperar en la sociedad vigente.

Calzaba esta visión, a maravilla, con los profesores radicales —y más generalmente, “laicos”— de nuestra enseñanza secundaria y universitaria. Maestros cuyo primer enamoramiento había sido con la ciencia y el progreso, la panacea

▼ El Museo de Arte Contemporáneo en Quinta Normal fue una iniciativa de Juvenal Hernández. Archivo Fotográfico Universidad de Chile.



◀ La Universidad de Chile tuvo un período de gran desarrollo y expansión debido a la autonomía que le confirió su estatuto y a la labor de Juvenal Hernández. Archivo Fotográfico Universidad de Chile.

Escuela de Artes y Oficios, que el Presidente González Videla convirtió en Universidad. La de Chile vivió estos años un período de vigor, expansión y brillo, afincado en la autonomía académica, administrativa y financiera que le confirió su estatuto, obra de Ibáñez, y realizado además por la excepcional personalidad y labor de quien la condujo durante veintidós años (1932-1953), Juvenal Hernández. Radical, masón, el rector Hernández edificó física y espiritualmente la moderna universidad fiscal, y fue un insuperable aunador de voluntades y estrategia de acciones y elecciones. Bajo el alero de la Casa de Bello, Hernández creó el Teatro Estudiantil (después Experimental), el Instituto de Extensión Musical, la Estación de Biología Marina, dos empresas editoras —la Jurídica y la Universitaria—, el Museo de Arte Contemporáneo (a cargo del pintor Marco Antonio Bontá) y el Instituto de Economía. El prestigio del plantel cruzaría las fronteras, en razón de las “escuelas de verano” impartidas y de los numerosos alumnos latinoamericanos que lo buscaban para cursar distintas carreras. Un papel similar jugaba paralelamente en la Católica su rector de 1920-1953, monseñor Carlos Casanueva. Universidad de menor envergadura que la del Estado, terminó sin embargo la rectoría de don Carlos con nueve facultades, dos institutos y dos escuelas.

milagrosa de fines del XIX, pero ahora desprestigiada. Esos docentes, superiores en nivel socio-económico al sufrido maestro primario, marcharon a los EE.UU. y en el Teachers College (Nueva York), la Universidad de Chicago y otros planteles superiores, absorbieron el “deweyismo” y lo trajeron a Chile como un Evangelio. Gremialmente, formaron filas en la mesocrática Sociedad Nacional de Profesores (SONAP). Serían los grandes nombres de la educación hasta los 60: Darío Salas, su hija Irma, Amanda Labarca, Óscar Vera, etc. Luego de la desgracia de la AGP, fueron determinantes en orientar la enseñanza chilena.

LAS UNIVERSIDADES

Según anticipamos, la era radical —negativa para los niveles inferiores de educación— fue de veloz desarrollo en lo universitario.

Terminó el período (1952) con cinco planteles superiores: la Chile, la Católica, la Universidad de Concepción, la Técnica Federico Santa María —fundación que con munificencia estableció por testamento este caballero, especulador en azúcar de envergadura mundial— y la Técnica del Estado. La última era la antigua

▼ Juvenal Hernández (izquierda), como rector de la Universidad de Chile, elevó el prestigio del plantel a nivel latinoamericano. Archivo Fotográfico Universidad de Chile.





▲ La Universidad Católica obtuvo el estatuto que le concedió autonomía académica y administrativa. | Archivo Museo Histórico Nacional.

LA DECADENCIA DEL ESTADO DOCENTE

Este se iría desmoronando a medida que avanzara el siglo XX. Su acorazado y símbolo, el Consejo de Instrucción Pública, fue destruido por Ibáñez en 1927. Sobreviviente de sí mismo, obsoleto, remoto, impermeable a los cambios pedagógicos y sociales, su muerte —sin embargo— hizo naufragar la estabilidad de las políticas educativas. Las dejó inermes ante las volubles ideas y presiones de Ministros, parlamentarios y jefes partidistas.

En este panorama, el Estado Docente fue atacado y quedó en ruinas.

La desintegración partió con el hecho de que, progresivamente, la enseñanza particular, básica y media, gratuita o no, fuera no sólo tolerada, sino subvencionada por el Estado. Leyes de 1952 y 1953 generalizaron estas subvenciones.

Ellas corrieron también para las universidades privadas a través de partidas presupuestarias. Este apoyo se logró a través del *lobby* hecho a los parlamentarios, quienes a su vez —católicos o no— eran movidos por las respectivas circunscripciones electorales, donde funcionaban los establecimientos de enseñanza subvencionados.

Era difícil que los congresistas se atuvieran a la ortodoxia del Estado Docente en tales circunstancias.

El nuevo Estatuto de la Chile, 1931, tan importante para el plantel fiscal —como sabemos— lo fue de igual modo para la Católica. Pues:

—Le reconoció la personalidad jurídica de derecho público, sin sujetarla a que fuese declarada “cooperadora” a la acción educacional del Estado;

—Le confirió autonomía académica y administrativa.

—Validó los títulos profesionales que otorgaba, o pudiera otorgar en el futuro⁽²⁾. Sólo quedaron bajo tutela de la Chile los de médico y abogado, y bajo control general del Estado otros como profesor del mismo, enfermera y practicante.

Actuó en todo esto, con maestría, el rector de la Católica, monseñor Casanueva, incommovible amigo de Ibáñez en las buenas y en las malas.

Por último, el mismo Estatuto de 1931 quitó a la Universidad de Chile la supervigilancia sobre la enseñanza media, que había ejercitado vía el Consejo de Instrucción Pública.

En los años 50 cayeron también las cortapisas a aquellas carreras que, hemos visto, eran los últimos bastiones del Estado Docente.

Una vez más se había movido monseñor Casanueva, discreta, casi secretamente, y con parlamentarios de todos los colores partidistas. Se le atribuía este dicho:

“No me den una ley, ni siquiera un artículo. Dénme un inciso”.

“Escondidos incisos”, hacía eco quejumbroso la Universidad de Chile, defensora —junto con la masonería y algunas organizaciones magisteriales— de un Estado Docente ya herido de muerte.



▲ “Mujer sentada en la playa”. Óleo de Julio Fossa, primer director de

la Escuela de Bellas Artes. Gentileza Galería de Arte Jorge Carroza.

LAS ARTES PLÁSTICAS

En pintura se habla de la “generación de 1940”, término acuñado por uno de sus miembros, Sergio Montesinos. Característica central de esta generación es (parece)... que no existe.

Los antecesores del supuesto grupo generacional, es decir, los artistas del 28, volvieron del enriquecedor “exilio” que les decretara el Ministro Ramírez, para tomar las riendas de la Academia de Bellas Artes. Esta se integraría a la Facultad homónima de la Universidad de Chile, fundada el año 1929, junto con la de Escuela de Artes Decorativas —o aplicadas—, cuya jefatura asumió el pintor Marco Antonio Bontá⁽³⁾.



◀ La Escuela de Bellas Artes de la U. de Chile agrupó a la llamada generación de 1940, difícil de definir por la variedad de temas, técnicas, influencias y originalidad personal.

Fotografía de 1952. Archivo Fotográfico Universidad de Chile.

El primer director de la Academia o Escuela de Bellas Artes ya universitaria, el pintor Julio Fossa, caía corrido apenas un año, por discrepancias con los veintiochistas. Entonces empuñó el timón como “administrador” Pablo Burchard, padre, quien lograría hacer realidad la difícil convivencia interna, pero —artista antes que funcionario— renunció el 35. Le sucedería en la dirección el profesor de Historia del Arte Carlos Humeres, y a este Carlos Pedraza —luego decano (1963-1968)—, ambos de carácter ecuánime y tolerante, el cual les permitió mantener aquella convivencia, pacífica y fecunda, más de treinta años.

Los pintores surgidos de este clima artístico y académico —que nacen entre el Centenario y el “Cielito Lindo”— son los que Montesinos quiso unificar como generación. Se incluyen el propio Montesinos, paisajista del sur, al cual mira con el colorido “fauve”; Gregorio de la Fuente, autor de los frescos gigantes de la estación penquista, “la más ambiciosa decoración mural que ha realizado en el país un pintor chileno” (Ricardo Bindis); otro muralista, y dibujante de desnudos, José Venturelli; el Premio Nacional de Arte (1979) Carlos Pedraza, ya citado: paisajes, flores, naturalezas muertas; Maruja Pinedo, de temas folclóricos y ornamentales; Israel Roa, que aborda una gran variedad de objetos —paisajes diurnos y nocturnos, animales, naturalezas muertas, desnudos...—, tratados siempre con vigor y humorismo, “gracia criolla” (Bindis); el acuarelista Hardy Wistuba; Pedro Lobos: niños y entretenimientos populares; Fernando Morales: paisajes de diversas latitudes, y varios más, que el espacio impide nombrar.



◀ “El 18 de septiembre”.
Roa pintó fiestas populares, paisajes, retratos y naturalezas muertas.
Óleo de Israel Roa.
Colección MNBA.

▼ Israel Roa fue considerado un expresionista por su fuerte exaltación cromática.
Archivo Fotográfico
Universidad de Chile.

Son maestros difíciles de definir y englobar como generación, no obstante el esfuerzo que gasta Montesinos. Anotan gran variedad de temas, técnicas e influencias, desde las europeas más modernas —fauvismo, expresionismo, superrealismo— hasta la mexicana (De la Fuente, Venturelli, Lobos) y aun la china (Venturelli). También rasgos inclassificables de originalidad personal.



◀ “Puerta del Sol”, de Marta Colvin, conocida por sus obras americanistas.
Gentileza Galería de Arte Jorge Carroza.



De la misma edad aproximada que los nombrados,

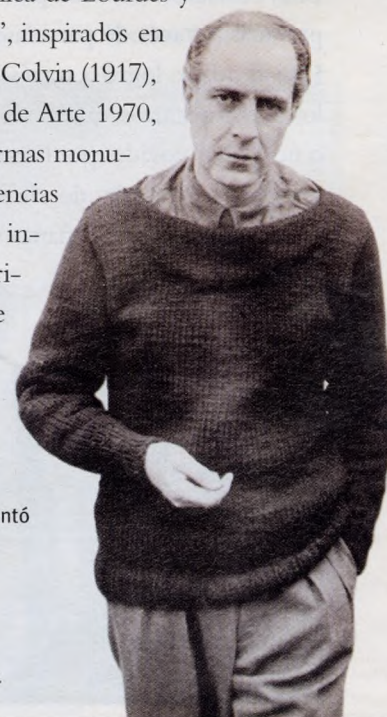
son dos importantes pintores que se desarrollan artísticamente fuera de Chile: Roberto Matta (1912) y Nemesio Antúnez (1918). Ambos originalmente arquitectos y cuya obra está bajo la influencia del superrealismo. El primero —de reputación mundial— no regresa jamás, no integra nuestro movimiento artístico. El segundo vuelve el año 53, ya formado, desarrollando aquí el resto de su carrera. Carvacho ve toda la obra de Antúnez en una “posición de dualidad”, superrealista-expresionista.

Según Mario Irrázaval, la escultura del tiempo que revisamos no se manifiesta plenamente, por no ser de “tipo libre”, sino “obra conmemorativa, de hechos bélicos, estatuaría como la de Bal-

◀ El pintor Pablo Burchard, autor de “Otoñal” en la fotografía, dirigió la Escuela de Bellas Artes hasta 1935.
Óleo de Pablo Burchard.
Col. MNBA.

maceda”. Funcional, consiguientemente, a esos hechos y a quien encarga la conmemoración. Quienes desvían de esta línea exhiben en museos y sus propios talleres; el público no los conoce. Incluso aceptando esta composición de lugar, hay que reconocer la importancia de Samuel Román (1904), creador de la Escuela de Canteros (1943), Premio Nacional de Arte 1964, y que esculpe justamente el monumento a Balmaceda, Parque Gran Bretaña, y el conocido como “las educadoras”, en la Alameda; de Lily Garafulic, Premio Nacional de Arte 1995, autora de los dieciséis profetas de la basílica de Lourdes y de los “Aku Aku”, inspirados en Pascua; y de Marta Colvin (1917), Premio Nacional de Arte 1970, cuyas obras de formas monumentales y sugerencias andinas han sido incorporadas al patrimonio artístico de muchos países.

► El pintor Nemesio Antúnez fue un vanguardista que orientó su trabajo hacia el surrealismo.
Archivo Fotográfico
Universidad de Chile.



HISTORIA DE CHILE EN EL SIGLO XX
© Gonzalo Vial C. © Editorial Santiago
Suplemento que circula junto con el diario Las Últimas Noticias.
(Queda prohibida su venta). Impreso en Gráfica Quilicura S.A. - Santiago, Chile.